

ANTOLOGIA DE NARRATIVA INFANTIL ECUATORIANA « EL AGUA DORADA »

Autor: Francisco Delgado Santos

Introducción.

Más que una antología, la presente colección de cuentos ecuatorianos para niños y jóvenes que hemos preparado a solicitud del Gobierno de la Provincia de Pichincha y su Programa Edufuturo, es una muestra de lo que está sucediendo con el género en el Ecuador de hoy.

Constan, en primer lugar, algunos de los pioneros de la narrativa para niños en nuestro país, como en los casos de Teresa Crespo de Salvador, Hernán Rodríguez Castelo y Alfonso Barrera Valverde. A estos escritores se han agregado los galardonados con el Premio Darío Guevara del Municipio de Quito, acaso el más importante referente nacional sobre la especialidad: Ana Catalina Burbano, Edgar Allan García, María Fernanda Heredia, Francisco Delgado, Eliécer Cárdenas, Soledad Fernández de Córdova y Edna Iturralde. Finalmente, se han incluido escritores que han publicado interesantes muestras de su arte (Elsa María Crespo, y Raquel Rodas, por ejemplo).

No creo que ninguno de los narradores y narradoras seleccionados esté demás (y si alguien lo sostiene, que lo demuestre). De lo que sí estoy seguro, es que la selección es incompleta y se irá perfeccionando con el transcurso del tiempo. Puede ser que algún olvido involuntario, algún desconocimiento imperdonable nos hayan llevado a excluir a alguien. El que se sienta parte de esos olvidos o desconocimientos, puede ayudarnos a complementar esta muestra que, sólo muy a futuro podrá convertirse en antología.

Mientras tanto, confiamos en que los niños y las niñas del Ecuador disfruten de estos cuentos; que sus padres se los lean o se los cuenten en el hogar; que los maestros los utilicen en el aula. Que cumplan con la función de poblar las mentes y los corazones de los pequeños lectores para los que fueron escritos. Y que después de leerlos, nos hagan llegar sus impresiones, sus comentarios. Para que sepamos si hemos sabido cumplir a cabalidad con lo que nos propusimos: proporcionarles un aliado excepcional para que conquisten sus sueños... (Francisco Delgado Santos, VI.2202)

“LA IGUANA SMITH”

AUTORA: ANA CATALINA BURBANO

(del libro *El fuego del colibrí*, Fundación Gloria del Hierro, Quito, 2000)

En Puerto Ayora, hay una casa verde donde no vive nadie. A unos doscientos metros de la casa, hay un muro de rocas, un rompeolas. Sobre las rocas anda un hombre descalzo. El hombre es como un niño, escarba los bichitos que viven entre las rocas, caracoles minúsculos y conchitas rosadas y los devuelve al mar. Casi nadie camina por esa playa. La playa es de las iguanas. Una que otra tortuga sale de entre los árboles que rodean la casa, pero solo de vez en cuando. Una familia de pingüinos y otra de lobos marinos la visita una vez al año. Los colores del mar cambian con la marea y con las estaciones. Azul intenso,

verde claro o amarillo el mar que rodea la isla nunca es el mismo. Solo el hombre es el mismo.

Los pájaros del mar, pelícanos, gaviotas y alcatraces, van sobre Puerto Ayora, llevan y traen historias y noticias. Las voces de los pájaros solamente las entienden los isleños. No es raro encontrarlos hablando, los hombres y los pájaros.

- Sigue ahí, aunque nadie lo ha visto.
- ¿Y la cola, dónde la guarda?
- Un día de estos me animo. Me le meto a la casa.
- Fíjese bien, que el tesoro lo tiene en una tabla.

Quién dice cada cosa es lo de menos. Lo que en verdad importa es que un día llegó a la isla un extranjero. Pálido y enjuto, ojos celestes y cabello rojizo. Su barco había encallado no sabía dónde. Después de algunos días a bordo de una balsa, tuvo la suerte de llegar a la isla, arrastrado por la corriente fría que venía del sur, cargada de pingüinos y algas septentrionales. El extranjero nunca dijo nada: cuál era su país, si tenía familia, o qué clase de nave era su barco. Los isleños, que en esa época eran pocos, pensaron que era un naufrago y nada más. No quisieron decirse que era un corsario o un prófugo de la justicia de su país por haber intentado asesinar a un príncipe. Esas no eran razones dignas de crédito.

John Stuart Smith llegó para quedarse. Construyó una casita en el lugar más recóndito de la isla y la pintó de verde. Después se dedicó a dar largos paseos por la playa. Era frecuente hallárselo, muy serio, observando las costumbres de las especies propias de esos parajes. Pronto se convirtió en un experto. Sabía de todo, qué clase de animales habitaban allí, en qué épocas del año llegaban los visitantes, cuáles eran sus costumbres y los modos que tenían de aparearse.

La primera vez que los isleños escucharon decir que un cordón de fuego atravesaba el mar fue de labios del extranjero. En todo caso, sus investigaciones llegaron hasta ese punto. Luego de algunos años, fueron pocos los que volvieron a verlo. Se decía que estaba escribiendo un libro y que únicamente salía en las noches, a caminar un poco y mirar el cielo. Pero otras personas, las más audaces, afirmaban que John Stuart Smith se había construido un submarino, que buscaba tesoros en el fondo del mar y que, en las noches claras, era posible hallárselo abrazado a la espuma que el mar dejaba en la puerta de su casa.

Un día apareció en la isla un hombre extraño. Nadie supo su nombre, ni cómo había llegado. Lo vieron desde lejos, caminando hacia la casa de Smith. Días más tarde, lo vieron alejarse en un bote sin remos. Remaba con los dedos de las manos. Nadie más volvió a verlo. Tampoco a Smith volvieron a verlo. Algunos se acercaron hasta su casa, recorrieron la playa de las iguanas y los lugares que antes visitaba, incluso lo buscaron en las islas cercanas, pero no lo encontraron. Y sin embargo no lo dieron por muerto, prefirieron creer que se había ido así, sin previo aviso, tal como había venido.

Mucho tiempo después, un carbonero que venía por la playa, vio pasar a su lado una cola de iguana.

- Lo extraño era la cabeza, contaba a su familia el carbonero.

Otras personas también vieron lo mismo. Por las noches, en la cantina de la isla empezaron a oírse voces como ésta:

-Pasó junto a nosotros. Iba rápido, el rostro levantado revelaba un intenso sufrimiento. Movía los brazos sin rozar la tierra y se impulsaba hacia adelante con gran esfuerzo. Una cola de iguana le salía de la espalda. Eso fue todo. Iba muy rápido. Cuando nos dimos cuenta había desaparecido entre los árboles. Pero lo más extraño, -decían exaltados-, era la cara...

Después de aquella noche, la historia anduvo sola. Entre los niños que jugaban a la pelota, delante de las mujeres que lavaban, sobre los tendederos donde secaban la ropa, junto a los pescadores que arreglaban sus redes en la playa, por todas partes, veían a la iguana. Pero siempre pasaba muy rápido y no era posible verle la cara. Y se armó un gran revuelo. Desde las otras islas llegó gente que había escuchado la noticia. Propios y extraños deambulaban por Puerto Ayora a la caza de noticias sobre la iguana.

-La cosa es simple, -dijo entonces un alcastraz a quien no le gustaba tanto alboroto -, no sé si se acuerdan de Smith. Ustedes no lo saben, y tampoco tendrían por qué saberlo, pero él se encontró un tesoro en el fondo del mar. El dueño del tesoro, el Rey del Mar, supo que nuestro amigo lo había hallado. Llegó hasta aquí bajo la forma de un hombre cualquiera, se encerró con Smith tres días y tres noches, pero todo fue en vano. Smith le dijo que el tesoro era de él, pues él solito lo había recuperado. El Rey del Mar lo miró muy enojado.

-Nunca saldrás de aquí.

Esas fueron sus últimas palabras. Después Smith lo vio alejarse por la playa. Cuando finalmente desapareció en lontananza, Smith caminó lentamente hasta la orilla y anduvo un largo rato por ahí, hablando solo, como era su costumbre, o escuchando las olas que se acercaban. Pensaba en la tabla que se había encontrado. Smith la había hallado una mañana. Ni siquiera había tenido que ir a buscarla. El propio mar se la había llevado hasta su casa. La tabla era muy rara: a cada lado tenía siete cuadritos, todos pintados de distintos colores y en el centro de la tabla los cuadritos se repetían, siete cuadritos a cada lado, siete cuadritos a cada lado y así indefinidamente...

-Es absurdo, decía Smith cuando se acordaba, cada vez que empezaba a contarlos los cuadritos empezaban a repetirse...

El alcastraz mira a la gente que lo rodea y calla por un momento. Cuando vuelve a hablar, el viento de las islas lleva su voz hasta los pájaros que descansan entre las rocas.

Ya había anochecido cuando Smith cerró la puerta de su casa. Se durmió pensando en la extraña visita y, no supo por qué, soñó toda la noche que aquella tabla era el calendario del Rey del Mar.

Amaneció con una picazón en la espalda. Por la tarde, luego de un largo baño en el mar, volvió a casa con las piernas muy pesadas y ya en la noche, cuando iba a acostarse, vio una cola de iguana en el espejo que tenía junto a la cama. Smith pensó que alguna de ellas se había entrado por la ventana y se agachó con la intención de ayudarlo a salir. Entonces vio

que la cola era de él. Quiso gritar, pero la voz no le salió. Solo algo como un llanto, finito, finito, le fue saliendo.

Las iguanas que dormían cerca de allí escucharon el llanto y se miraron desconcertadas. John Stuart Smith siempre les había parecido un hombre fuerte. Se acercaron con gran cuidado hasta la casa y pudieron ver todo. Sintieron mucha pena por el hombre, ellas sabían lo que era ser iguanas. A todo el mundo le gustaban los pingüinos, había quienes tenían tortugas en sus casas, pero a nadie, de eso estaban seguras, se le habría ocurrido enamorarse de una iguana. Las pobrecitas trataron de consolarlo, quisieron explicarle que no era tan malo eso de ser iguana, que las iguanas eran gente tranquila, que había lugares en donde amaban a las iguanas, etcétera, etcétera...

-No seremos bonitas, -dijo una que parecía la más vieja de todas-, pero no hacemos daño. Llevamos una vida amable y ordenada.

Olvidado de él mismo, Smith se calmó un poco. Pensaba en las iguanas. Nunca habría creído que ellas hablaran el lenguaje de los humanos. O, lo que le parecía más sorprendente, que él pudiera entender el lenguaje de las iguanas. Las iguanas no estaban sorprendidas, le ofrecieron cuidarlo y así fue. Los días posteriores fueron de mucha calma. Ni bien abrió los ojos y el hombre ya tenía listo su desayuno. La mesa bien servida, la ropa limpia. No le faltaba nada. Pero, además, las iguanas le hacían compañía, le hablaban de otras islas, de los mares cercanos y le contaban historias muy divertidas. De más está decir que, con el tiempo, la voz de las iguanas llenó los días y las noches de esa playa.

Entonces ocurrió lo que ocurre siempre, afirmó el alcastraz. Los cazadores llegaron hasta ese sitio. Se escondieron detrás de unas rocas y se quedaron quietos, esperando a sus víctimas. Al poco rato llegaron las iguanas. Tendidas bajo el sol, respirando bajito, disfrutaban del calor y la tranquilidad de la playa.

-Miren la casa de Smith, -susurraban los cazadores-, la sorpresa que va a llevarse cuando regrese.

Las colitas de las iguanas asomaban por las ventanas, trepaban por las paredes y colgaban del techo de la casa. Una iguana, mucho más grande que las otras, avanzó hacia la playa. De inmediato se produjo un movimiento, algo así como un reordenamiento sincronizado de todas las iguanas. Y fue allí, en ese movimiento, que los hombres alcanzaron a ver a Smith. Entonces se armó el despelote: los hombres empezaron a disparar, asustados y las pobres iguanas a correr y esconderse. Casi todas las iguanas se escaparon, incluido Smith. Pero otras se quedaron en la playa, muertas o malheridas. Los hombres también huyeron. Corrieron sin mirar hacia atrás. No quisieron, siquiera, acercarse a la casa.

Las iguanas nunca volvieron a esa playa. Los abuelos de ustedes, los antiguos isleños, no volvieron a verlas... Pero, ahora, Smith ha regresado.

“LA EXCEPCIÓN”

AUTORA: MARIA FERNANDA HEREDIA

A veces hay reglas que no se cumplen... y a alguien le toca ser la excepción.

Blanca, la ovejita, lo comprobó cuando una mañana despertó en medio de una extraña sensación. Se acercó a otra oveja que por ahí dormía y le dijo:

–Es curioso... esta es la primera vez que siento frío ¿lo sientes tú también?

La otra oveja la miró con desconcierto y le contestó:

–¡Imposible! Las ovejas jamás sentimos frío, somos las dueñas de la lana que abriga al mundo. No puedo creerte; me estás mintiendo.

Blanca pensó entonces:

–¿Mintiendo? ¿es posible mentir el frío?

Salió a caminar por el prado a la espera de que un rayo de sol la abrigara aunque fuera un poquito. Se recostó junto al tronco de un árbol y al hacerlo sacudió a las hojas que todavía dormían.

–¿Qué sucede? –preguntaron exaltadas.

–Perdón por despertarlas –respondió Blanca– he venido al prado en busca de abrigo.

–¿Abrigo? ¿Una oveja en busca de abrigo? Debes estar loca –respondieron las hojas entre risas de burla.

La ovejita se levantó y abandonó el lugar mientras pensaba:

–¿Será verdad que cuando las ovejas sentimos frío nos estamos volviendo un poco locas?

Caminó hasta un establo vacío, entró en él y se recostó sobre un montón de paja. A los pocos minutos logró quedarse dormida y repentinamente un viejo caballo entró y, sorprendido ante la presencia de Blanca, relinchó:

–¿Qué haces aquí?

Blanca se puso de pie y un poco nerviosa le contestó:

–No se enoje conmigo señor caballo, esta mañana he despertado con frío y he venido hasta aquí buscando entre esta paja un poco de abrigo.

El viejo caballo la miró y muy molesto le dijo:

–¡Eres una perezosa! En lugar de inventar ese cuento deberías estar con el resto del rebaño recorriendo los campos. Levántate y ¡a trabajar!

Por tercera ocasión la ovejita se incorporó y pensó:

–¿Perezosa? ¿Será la pereza tan fría?

Trató de avanzar rápidamente para alcanzar al resto del rebaño pero le resultó imposible; sus compañeras se encontraban ya muy lejos.

Entonces la ovejita todavía invadida por el frío se acercó a su amigo lago para tomar agua y descansar un poco. Cuando estuvo cerca, éste le dijo:

–¿Qué haces por aquí, Blanca?

Ella lo miró y a punto de responder lo que le sucedía reflexionó y decidió no hacerlo. Estaba cansada de que nadie creyera en ella y que pensarán que era una mentirosa, loca y perezosa.

–No te lo diré, porque no me creerás.

–Anda, confía en mí, somos amigos; cuéntame lo que te sucede.

–No lo haré, no lo haré y no lo haré. Es mejor que no insistas.

El lago sonrió y le dijo:

–Está bien, si no quieres contarme no puedo obligarte, pero... ya que estás aquí quiero hacerte una confesión.

La oveja lo miró atentamente y se recostó a su lado para escuchar.

–Esta mañana –dijo el lago– he despertado con una sensación muy extraña.

-¿Qué sensación? -preguntó la oveja
-Nadie ha querido creerme, incluso las nubes se han burlado de mí
-¿Qué sensación? -volvió a preguntar Blanca llena de curiosidad.
-Esta mañana -dijo el lago- por primera vez en mi vida, he despertado con sed.

Blanca quiso decirle que eso era imposible, que un lago no puede sentir sed... pero un escalofrío sacudió su piel cubierta de lana y pensó entonces que, por suerte, ella no era la única que aquella mañana había despertado diferente.

Se acercó al lago tanto como pudo y le dijo al oído:

-Somos amigos, yo te creo; no importa lo que el resto diga.

Y durante todo el día se hicieron compañía, hasta cuando la luna anunció que aquel día extraño para ambos estaba a punto de terminar.

“EL REGALO DEL TÍO MANFREDO MARAVILLA”

AUTOR: FRANCISCO DELGADO SANTOS

-Llega mañana, en el avión de las ocho -dijo mamá-. Pasará la Navidad con nosotros y se quedará en casa hasta fines de enero. Trata de ser amable con él. ¡Viene al país después de tantos años!

Yo sentía una gran curiosidad por conocerlo. Mamá me había contado tantas cosas sobre el tío Manfredo, que con el tiempo se convirtió para mí en un personaje de leyenda.

Desde muy pequeño se aficionó por la música y la poesía.

Tenía un corazón aventurero.

Se había escapado de la casa cuando estaba en la escuela, porque su padre lo reprendía con demasiada severidad.

En el colegio había organizado una huelga para defender a uno de sus maestros.

Más tarde recorrió el mundo, haciendo “de todo un poco” para ganarse la vida. Finalmente se estableció en los Estados Unidos, donde tuvo que trabajar muy duro para pagarse sus estudios. Así, pudo culminar con honores la carrera de bibliotecario. Por recomendación de uno de sus maestros, logró emplearse en la sala infantil de una biblioteca pública. Leía mucho y les contaba cuentos a los niños. Cuentos maravillosos y maravillosamente contados.

-”¡Hola, tío Maravilla!” -le dijo una vez una niña del grupo.

Y desde entonces, ya nadie lo llamó de otra manera.

Llegó el 24 de diciembre, con un baúl de regalos para mamá y una bolsa de juguetes para mí. Abrir esa bolsa fue todo un deslumbramiento.

Allí estaba el carro que me había quitado el sueño durante tanto tiempo.

La pelota que le había pedido a mamá.

Un robot que hablaba en tres idiomas.

Un tren con sus vagones y sus rieles, que podía accionarse a control remoto.

Y libros. Muchos y bellos libros:

-Cada noche leeremos uno diferente -dijo el tío Manfredo-. De tal modo que, para cuando regrese a los Estados Unidos, los habremos leído todos.

Hacia el fondo de la bolsa estaba el último libro.

Cuando lo abrí, me di cuenta de que no era en verdad un libro, sino un cuaderno bellamente empastado. Sobre el fondo verde claro de la carátula, el tío Manfredo Maravilla había mandado grabar mi nombre en letras doradas. Un poco más abajo, se podía leer: “Un universo para descubrir”...

Ante mi asombro, el tío Manfredo sonrió y me dijo:

-”Se trata de un libro que aguarda a su escritor, muchacho. Un libro que, a diferencia de los demás, puede tener un significado especialísimo para ti, si te decides a escribirlo”...

-”¿Escribirlo yo? -exclamé.

-”Sí, tú mismo -insistió-. Déjame explicártelo:

Si aceptas mi propuesta, cada día tratarás de descubrir algo y de registrarlo en estas páginas.

Pero tienes que aprender a mirar. No sólo con los ojos, sino con todo lo que eres. Con tu inteligencia y tu corazón. Con tu sensibilidad y tu fantasía.

Detrás de cada cosa, aun de las más humildes, hay auténticos mundos que tratan de contar su historia a quienes son capaces de escuchar y de sentir”.

Sin comprender del todo lo que me estaba proponiendo el tío Manfredo, pero presintiendo que me encontraba ante algo que podía cambiarme la vida, me dejé llevar por el torrente de agua fresca que parecía manar de su palabra con sabor a magia.

Él me fue guiando, preguntando, sugiriendo.

Nos levantábamos al amanecer y caminábamos juntos.

Paseábamos, jugábamos, conversábamos.

Al atardecer yo me buscaba un rinconcito en casa y registraba mis “descubrimientos”.

Después venía el premio de escuchar, de labios del tío, la lectura de los libros que me había regalado. Terminada la historia, ninguno de los dos decíamos nada. Nos quedábamos emocionados y silenciosos, ante la belleza del relato y nos íbamos a la cama, convencidos de que habíamos sido plenamente dichosos.

Poco antes de su partida, me miró sonriente y me dijo:

-”Tengo la impresión de que ya aprendiste a mirar”...

-”¿Por qué lo dices?” -pregunté.

-Por lo que has escrito en esta semana, muchacho.

Tomó las últimas páginas de mi “libro” y leyó en voz alta:

DOMINGO

“Me encantó el cuento de *Bella y la bestia*,

Sufrí mucho por la suerte de Bestia, pero el final de la historia me hizo muy feliz”.

LUNES

“Anoche leímos con el tío Manfredo un libro sobre monstruos.
¡Qué miedo! Menos mal que el protagonista de la historia estaba soñando, porque si no...

“Como suele decir mamá, *los monstruos no existen; pero que los hay, los hay...*”

MARTES

Ayer la voz del tío se hizo delgadita y sus ojos se humedecieron al terminar la lectura del cuento *Un pasito y otro pasito*. Se trata de un abuelo que enseña a caminar a su pequeño nieto. Pasa el tiempo, el niño se hace joven y el abuelo sufre una parálisis de todo su cuerpo. En adelante, será el nieto el que enseñe a caminar al abuelo, con la fórmula aprendida en la infancia: “un pasito y otro pasito”...

-Tío -le dije, al terminar este cuento-: si te llega a suceder algo parecido, cuenta conmigo para dar los pasitos que quieras.
Y el tío me abrazó larga, fuertemente.

MIÉRCOLES

“No lo había notado, pero a mi alrededor suceden cosas extraordinarias.

Muy temprano todavía, el sol atraviesa los cristales de mi ventana, se mete en puntillas a mi habitación y me hace cosquillas en la cara”.

El gallo quiquiriquea como un loco y arma el gran escándalo en el gallinero.
Parece un despertador de energético timbre y vistosas plumas.
Parece un soldado tocando la corneta en el cuartel.
Parece un general convocando a su Estado Mayor”.

JUEVES

“Hasta hoy no supe lo hermoso que resulta dar un paseo por el huerto:
cerrar los ojos y disfrutar el aroma de los limoneros,
percibir la piel sedosa de las mandarinas,
deleitarme con el azúcar de las chirimoyas,
y enterarme, sin querer, de los recados de amor que se transmiten con su canto los jilgueros”.

“¡Qué fragancia tan penetrante la que nos regalan en el jardín las hortensias y los claveles!
¡Qué abanicos de colores exhiben las rosas!
¡Qué pureza proyectan las azucenas!”

VIERNES

“El perro ladra a las primeras personas que pasan por la calle: al repartidor de periódicos, a los recolectores de basura, a los obreros que madrugan a las fábricas, a los empleados que se dirigen a sus oficinas, a los estudiantes que van a la escuela, a un borrachito que saluda a todo el mundo con su sombrero”...

“El gato se despereza y se lame el peluche de su piel.
Su cola hace piruetas en el aire; se transforma en serpiente, en serpentina, en rabo de cometa”...

SÁBADO

“Antes de levantarme cierro por un instante mis ojos y trato de mirar y de sentir mi cuerpo.

Mis pies que me sostienen.

Mis piernas que me impulsan.

Mi tronco, en el que habitan tantos y tantos tesoros que me permiten vivir.

Mis manos que hablan cuando mi voz calla;

mis manos con las que tomo las cosas para transformarlas; con las que señalo, escribo, acaricio...

Mis brazos que me permiten proteger y protegerme, acunar a mis hermanos y acortar distancias.

Mis sentidos, que me permiten disfrutar del mundo.

Mi rostro que me da identidad.

Mi cerebro, en donde, con toda seguridad, se esconde mi alma”.

“¿Por qué hasta hoy no me había dado cuenta de estos preciosos dones que nos hace la vida todos los días?

“¡Gracias, tío Manfredo Maravilla, por esta Navidad inolvidable!”

¡Gracias por regalarme un universo para descubrir.”

LOS SECRETOS DEL SOL

Autor: Hernán Rodríguez Castelo

Al pequeño Iván lo creían tonto. ¿Quién sino un tonto completo podía pasarse boquiabierto mirando los rayos del sol que entraban por la ventana de la clase?

Y había más: era tan tonto que, cuando el maestro ponía a los del grado a dibujar, lo único que hacía era el sol. Y no el sol como lo dibuja cualquiera que lo sepa dibujar: la cara redonda y los rayos saliendo de ella, igualitos. No: él hacía unas manchas

amarillas.....¡ Como si hubiese restregado su papel con yema de huevo! ¡Puaff, que asco!

¡Este Ivancito es un completo fracaso!, decían los profesores. ¿Y cómo no iba a ser un fracaso, si se pasaba las clases papando moscas?

Pero él decía que no eran moscas; ni siquiera esos miles de puntitos que bailan en la luz del sol que entra en la aula.....él decía que lo que veía era el sol. Y decía más: decía que entendía al sol.

¡No solo era tonto, sino que estaba loco!

2

El problema de Iván era que no sabía nadar. Bueno, ese era uno de sus muchos problemas. Porque todo era problemas: en la casa, en la escuela, cuando iban de visita los tíos que le decían que porque tenía tan preocupados a los padres. En todas partes. ¡Si las gentes fuesen como el sol que nunca fastidia a nadie, que calienta a todos, que nunca pone mala cara!

Pero, por el momento, el problema grave era que no sabía nadar. Porque, si no se nadaba siquiera un ancho de la piscina, no pasaba de año....¡ Y qué largo parecía ese ancho, cuando lo veía desde el borde!

¡Y cómo se iban a reír de él sus compañeros, cuando se tirase al agua y comenzara a hundirse y a tragar agua a gritar “¡Me ahogo!”, “¡Me ahogo!” y tuviesen que sacarlo como una cosa.

Eso que decía el bruto ese de gimnasia de que el mejor método para enseñar a nadar era que le tirasen a uno al agua y allí, para no ahogarse, salía nadando era una mentira. Si no, ¿por qué había tantos que e ahogaban?

En fin, la cosa era seria, e Iván no sabía qué hacer.

Por si acaso, iba las tardes a la piscina, cuando no había nadie. Pero se contentaba con mirarla, con un poco de escalofríos.....

Y una tarde vio en el agua el rayo de sol: flotaba y parecía jugar con las pequeñas olas que hacía el viento.

Y entonces, el sol le dijo:

- ¿Te gusta?

- Sí, claro. ¿Cómo flotas?

- ¿No quieres venir a jugar?

- No sé nadar....podría ahogarme.

- No tengas miedo...Ven y flota conmigo.

Iván amaba demasiado al sol para resistirse más; se desnudó y se metió en la piscina.

El rayo le dijo:

- Vuelve al borde y vuelve a costarte en el agua, recto, muy recto, desde los brazos extendidos hacia delante hasta la punta de los pies. ¡Y no se hundía!

Alcanzó al sol y el sol se alegró de la risa del pequeño.

- ¡No me hundí! – le dijo.

- Como yo – le comenté el rayo de sol.

- Debo irme- le dijo el rayo de sol.- Por acá llega la noche yo tengo que ir a brillar al otro lado del mundo.

- Vuelve mañana – le pidió Iván-: solo me queda mañana.....Si pasado mañana no nado todo el ancho, pierdo el año.

- Pero el otro día fue gris, lluvioso, y el rayo de sol no llegó a la piscina. Iván se resignó a lo peor: perdería el año.... ¡Qué más le daba! Si en todo le iba mal. Lo único realmente malo era un día sin sol.

El día siguiente, el de la terrible prueba en la piscina, amaneció pronto y brillante.

¡Cuántos rayos de sol se colaron por entre las cortinas y se treparon a la cama de Iván!

- ¡ Despierta! – le dijeron, alegres, calientes, juguetones-: tienes una hora antes de ir a clase. ¡Vamos a la piscina!

- A esta hora ha de estar cerrada – dijo el pequeño entrecerrando los ojos. ¡Era tan difícil ver el sol!

- No te preocupesTe enseñaremos a colarte como nosotros. A nosotros nada nos detiene. ¡Vamos! ¡Hay un rayo que ha venido de un país lejano donde los niños nadan desde muy pequeños y se meten al fondo del mar, y él te enseñará a nadar!

El examen era al mediodía, y profesores y compañeros se preparaban a reírse un rato de los apuros del despistado ese de Iván. ¡A ver si su sol le libra de hundirse! –decían.

Iván era de los más pequeños. Su turno le llegó casi al último.

- ¡Iván al agua! –bramó el de gimnasia-.
Pasarse un ancho.....Por el hondo.

El pequeño se fue para allá lentamente. Todas las caras estaban medio sonreídas. Iván se echó hacia el agua como quien se recuesta; se estiró todo él recto, igualito a un rayo de sol, desde la punta de los dedos de sus brazos extendidos hasta la punta de los pies..... y se deslizó flotando. Y después movió sus brazos lentamente y en un dos por tres se pasó el ancho.

¡Todos se quedaron mudos!

-¿Cómo aprendiste a nadar? ¿Quién te enseñó a nadar? ¿Cuándo aprendiste? –le preguntaban los compañeros, y también os profesores sentían curiosidad.

-Me enseñó un rayo de sol que flotaba, anteaayer, y después otro rayo de sol que enseñaba a niños de un país donde nadan desde chiquitos y van hasta por lo hondo del mar.

Y todos concluyeron que el pequeño Iván estaba cada día más loco. ¡Dale con ese tema del sol!

3

-Quiero que vengas a verme, para enseñarte algo –le dijo el sol a Iván.

-¿A dónde voy? –preguntó el niño.

-Al montecito que está en el centro del Valle....

-¿Al Ilaló?

-Sí. Así lo llaman ustedes.

-¿Y cuándo?

-Hoy mismo.

-¿Hoy?

-Sí. Hoy. Por la tarde. Cerca de irme para el otro lado del mundo es cuando más cerca estaré de ti.

-¿Con quien voy?

-Solo.

-¿Solo?

-Solo tú sabes escucharme y para escucharme necesitas silencio.

Iván se preparó un sánduche y puso en su cantimplora jugo de naranja, y le pidió a su mamá que, al salir de Quito, lo llevase y lo dejase por el lado del Tingo. No le dijo que iba a subir al Ilaló para hablar con el sol, porque se habría puesto muy intranquila. ¡Con eso de que todos andaban diciendo que estaba loco!

¿Qué pasó esa tarde entre Iván y su amigo, el sol? Las gentes del Valle decían que nunca había brillado tanto el sol como esa tarde.....Que parecía que no quería irse.

¿A qué hora comenzó el sol a enseñar a Iván eso que dijo que quería enseñarle?

Parece que comenzó a enseñarle cuando el niño llegó a lo más alto del Ilaló, allí donde se alza la gran cruz blanca. Después de que se comiera su sánduche y se bebiera su naranjada.

¿Y qué es lo que le enseñó?

Habló el sol:

-El hombre lo que le parece preciso lo aprisiona. Lo enjaula, lo engarza, lo encierra, lo cerca. Pero un pájaro enjaulado ya no es un pájaro. Y la gota de agua pendiente de la flor de una hierva que yo hago brillar con uno de mis rayos al amanecer, encerrada, no es nada. Y un paisaje cercado ya no es un paisaje. A mí nadie me puede encerrar ni guardar. De mis rayos nadie puede decir “son míos”; de mi luz nadie puede decir “es mía”. Nadie puede comprarme ni venderme. Yo soy del que me ama. Del que siente mi calor, del que se alegra con mi luz. Yo soy tuyo porque tú me conoces, por que tu me amas, porque tú me ves. Y tuyo es esta tarde del monte, porque solo tú la disfrutas. Y es tuyo ese pájaro grande que hace piruetas para que tú lo veas.

Esto es lo que le dijo el sol al niño esa tarde en lo alto del Ilaló.

Y el sol era resplandeciente, flotando sobre un azul que sus rayos habían cubierto de oro. Y era un sol caliente, que daba al niño calor, mientras por las laderas, por las quebradas del lado oriental, por los páramos lejanos, por los arenales del Cotopaxi, que se veían, blanquísimos, al frente, soplaban un viento feroz, que arrastraba jirones de nubes y doblaba hasta el suelo los arbustos de los alrededores de la cumbre.

El sol iluminó hasta que el niño llegó a su casa. Y enseguida estuvo todo oscuro y fue la noche.

-Esta tarde el sol se ha enloquecido –decían las gentes de El Tingo, de Alangasí, de la Merced, de la Cocha, de Angamarca y Ushimana.

4

Era el último día de clase. Habían invitado a los padres de familia a la escuela para que recibiesen las libretas. Y se había preparado un acto. Varios niños de sexto grado iban a leer redacciones. Los mejores claro.

Los papás de Iván fueron también, aunque temían que solo sería para pasar una vergüenza más. ¡Iván era un desastre! Pero, ¿por qué? No le faltaba nada...¿Y qué diablos era eso de que hablaba con el sol?

Bueno. Comenzó el acto. Los niños que tenían las mejores libretas, los más seriecitos, los más estudiosos y aplicados subían al escenario y leían sus redacciones. La mejor redacción del año. Todas gustaban mucho al director y a los profesores querían que dijeran. Decían que había que estudiar mucho para sacar buenas notas y más tarde ser hombres de provecho y ganar mucho dinero; decían que había que obedecer en todo a los padres y a los profesores; decían que debían ser buenos y no juntarse con los malos.

Cuando sea grande, seré un gran médico –decía una- y tendré la clínica más grande y atenderé a muchos enfermos y seré rico y me harán un monumento. Yo, de grande, seré un famoso futbolista y viajaré por todo el mundo metiendo goles y todos dirán con admiración “Es ecuatoriano” –decía otra, que era del que tenía las mejores notas en educación física y a quien le hacían sus redacciones en la casa.

Cada redacción era premiada con sonoros aplausos.

Los mejores alumnos terminaron de leer sus redacciones. El supervisor escolar, que se había aburrido bastante con esos trabajos tan parecidos todos, preguntó:

-¿Y no hay algún alumno que haya escrito alguna cosa diferente?

El director y los profesores se vieron las caras.

Y entonces, al profesor de sexto C se le prendió un foquito en su cráneo pelado.

-Hay un niño –dijo- que escribió la semana pasada una cosa rara... No sé si sea buena... El niño es de los que tiene regular –y sacó del grupito de los “regulares” una libreta y la extendió al supervisor.

-Bueno, veamos, que lea –dijo éste.

-A ver, Iván, lea su redacción del sol –dijo el profesor de sexto C.

Los papás de Iván se sentaron muy rectos en sus sillas, muy atentos. ¿Y esa redacción? Ellos no sabían nada.... Y “del sol” había dicho el profesor.....¡Dale con el sol!

El pequeño Iván subió al escenario y comenzó a leer:

-El sol me dijo que suba al Ilaló porque me quería enseñar algo. Me dijo que suba a la tarde, que cerca de esconderse estaría muy cerca de mí. Y, cuando brillaba más, el sol me habló.

Esto es lo que me dijo el sol:

“El hombre lo que parece precioso lo aprisiona. Lo enjaula, lo engarza, lo encierra, lo cerca. Pero un pájaro enjaulado ya no es un pájaro. Y la gota de agua pendiente de la flor de una hierba que yo hago brillar con uno de mis rayos al amanecer, encerrada, no es nada. Y un paisaje cercado ya no es un paisaje. A mí nadie me puede encerrar ni guardar. De mis rayos nadie puede decir “son míos”; de mi luz nadie puede decir “es mía”. Nadie puede comprarme ni venderme. Yo soy del que ama. Del que siente mi calor, del que se alegra con mi luz. Yo soy tuyo porque tu me conoces, porque tu me amas, porque tú me ves. Y tuya es esta tarde del monte, porque solo tú la disfrutas. Y es tuyo el viento que quiere jugar contigo. Y son tuyas las hiervas y sus flores. Y es tuyo ese pájaro grande que hace piruetas para que tú lo veas”.

Esto es lo que me dijo el sol.

Mientras Iván leía, el supervisor, con muy mala cara, había dicho al director: “¿Este niño tiene regular?”. “Pues parece que sí”, había respondido el director, enrojecido.

-¡Muy bien! ¡Muy bien! –exclamó el director cuando Iván terminó de leer su redacción. Él, cuando joven, había querido ser poeta, pero había sentido miedo de morir de hambre y se había dedicado a cosas más útiles. Pero en el fondo de su corazón quedaba un pedacito de poeta y con la lectura de Iván se había despertado y daba saltos.

-Muy bello, muy profundo –no se cansaba de ponderar el supervisor, y le pidió al director: -sería bueno cambiar esta calificación por una “Excelente”. Esta redacción es muy notable.

-Les felicitó –dijo el supervisor a los padres de Iván-: su hijo ha hecho una redacción extraordinaria. Va a ser un gran escritor y un gran hombre.

Los padres de Iván no cabían en sí de emoción: entonces, eso era lo del sol... bueno.. pura imaginación. Como la de los poetas... que no es cosa tan mala... Ivancito no estaba, como decían loco.

Iván no se daba cuenta de lo que estaba pasando. Un rayo de sol había entrado por la ventana y le caía en el rostro. Y él lo miraba con los ojos abiertos, feliz. Era suyo, porque era su amigo, porque él lo amaba. Y el sol le enseñaba muchas cosas... ¡Todavía mucho mejores que las había leído en su redacción!.

CUENTO DEL FANTASMITA NEGRO

Autor: Alfonso Barrera Valverde

En el comienzo de los siglos fueron creados los elementos del universo; las aguas, el fuego, las plantas, un núcleo de vida animal y un átomo de razón, o luz interior para comprender ese mundo. Con el fin de que la creación estuviera completa, fueron creados también los fantasmas.

Como se sabe, ellos han sido blancos desde el principio. Y eso tienen su razón de ser, pues de no ser así no podrían aparecer, asustar, espantar y esconderse transparentemente en las sombras. Pero no todos conocen que los fantasmas son el primer grupo nómada de la historia. Nómada quiere decir movedizo. Pues bien, nadie se mueve como los fantasmas. Andan por los campos abiertos, por las casas viejas y alguna vez en la cabeza de ciertas personas.

Para no seguir con estas divagaciones históricas, digamos que nada andaba mal entre los fantasmas y así podía haber seguido su reino si no "les nacía" Mandinga, fantasmita negro.

Se comprende el problema, porque papá fantasma, tía fantasma y hasta mamá fantasma, veían arruinada la profesión repentinamente, pues a Mandinga, por ser negro, se le veía tan pronto como asomaba y, en lugar de miedo, los hombres sentían unas ganas locas de reír. Como las profesiones son cosa respetable en todas partes, la familia de Mandinga y los demás congéneres se preocuparon. Iban por el aire y a Mandinga se le notaba

claramente; se metían en el agua y allí Mandinga semejaba a su pececito negro lejos de la pecera.

La gente de bien -y en todo grupo tradicional hay gente de bien- se lamentaba por no poder asustar y por sembrar risas en vez de gritos. Ello, para afuera; por dentro los destrozaba la envidia, pues veían a Mandinga rodeado por el afecto de los demás, ya que él había logrado, sin saberlo, reemplazar el miedo con el humor.

Mandinga, que estaba, como los seres inmortales y mortales, educado según el modo de sus mayores, sufría y él también deseaba a ratos ser blanco, sin ningún motivo, solo porque esta sensación era dada por sus parientes y amigos.

Un día, los miembros del Parlamento de los Fantasmas fueron convocados a petición de la más vieja y apergaminada de todas las Señoras Fantasmas, a las que se llamaba, como en cualquier sociedad bien conformada, Viejas Brujas. El Parlamento deliberó largamente sobre Mandinga.

Pero, mientras estaban en la sesión, otros también se pusieron en movimiento para concurrir a la Gran Asamblea de la Selva. Porque si las viejas brujas se reúnen, ya se sabe que es mejor tomar precauciones. Así lo comprendieron los amigos de los niños: el tan-tan, que envió noticias al trapiche donde trabajaban negros, y el loro, que repartió manifiestos verbales entre los pájaros de la selva.

Los barcos y los remos se conmovieron, a su vez, porque son antiguos conocidos de los hijos de los galeotes.

Los seres silvestres de buena voluntad nombraron delegados en las personas de los más sabios. El león fue desaprobado por sus manotazos nada gentiles. El tigre, por ser muy elegante en las formas que engañan sobre el interior. La hiena, porque se ríe de miedo y en la risa los animales deben de ser muy sinceros. La culebra fue descartada por malos antecedentes bíblicos y por hablar desde el suelo.

Finalmente, el Consejo de los Amigos de Mandinga quedó constituido del siguiente modo: la lechuza, por ver mejor de noche (en este punto, los murciélagos quisieron ser de la partida, pero se les rechazó por sanguinarios, por infundir pánico, dormir con la cabeza abajo y aprovecharse de quienes sueñan); el perro, por entender el alma de los adultos; la jirafa, por ser la que más se asusta con los fantasmas, pero la más buscada por los niños; la marimba, porque es leal compañera de todas las apariciones de la selva; y el conejo, por dócil y porque se deja llevar de las orejas en las manos del más pequeño de los fantasmitas.

Los Fantasmas Tradicionales, todos ellos con barbas respetables, pintados al óleo sus ojos amarillos, con el solo fin de complacer a las Señoras Brujas ya habían decidido deshacerse del pequeño y abandonado por cualquier lado.

Justamente cuando obraban así, y a punto de ser pronunciada la sentencia sobre quién tenía la custodia del "fantasmita-problema", llegó la delegación de los amigos.

-Venimos para invitarte. Quédate con nosotros, -se encargó del discurso la lechuza- tú no haces mal a nadie. De noche no se te ve ni asustas; de día haces reír y es mejor que

haya alguien para hacer reír. Como la más sabida de las justicias es dejar decepcionados a los envidiosos y castigarlos en su propio mal, se les hará saber que eres feliz, para que en sus envidias tengan sus pequeños infiernos. Como quien dice: que en su salsa se cocinen. Así pues, que los importantes vean cómo son quienes cuentan con el afecto de los demás.

Con todo lo cual. Mandinga, rodeado por animales y seres queridos, allí se quedó.

Desde entonces, los negritos de la selva se entienden con los fantasmas. Por eso, nunca se asustan de noche. Los que se asustan son, en todo caso, los excursionistas inexpertos, mientras todavía no tienen un amigo negro.

EL DELFÍN ROSADO

Autora: Edna Iturralde

Errkierrk... Errkierrk... El delfín cantó sacando fuera del agua su hocico, llamando así la atención del grupo de mujeres y niños que se encontraba a la orilla del lago. Cuando estuvo seguro de que lo estaban mirando, dio un salto impulsándose con su pequeña aleta dorsal, curvó cabeza y cola, y se puso a bailar sobre el lago. Como la mayoría de los delfines de la Amazonía tenía la piel gris en el dorso y un rosado brillante en la barriga.

El grupo se detuvo para mirarlo. Eran indígenas de la tribu de los Sionas que buscaban huevos de charapa, la pequeña tortuga que desova en las orillas arenosas de los lagos y ríos de la selva. Para los Sionas, era de buena suerte ver un delfín rosado, puesto que su tribu les atribuye poderes mágicos. Además, creen que cuando ellos mueren se convierten en delfines y es por eso que estos animales los ayudan a convivir con las fuerzas de la naturaleza; o bien atrayendo lluvia en épocas de sequía o secando las aguas para que no se desborden los ríos. Y más importante aún, creen que los delfines atrapan a las estrellas que se reflejan en el agua, obligándolas a quedarse allí para con su luz atraer a los peces, asegurando así la vida en la laguna.

Errkkk, Errkk... gritó de nuevo el delfín, pero alguien había encontrado un nido y todos estaban más interesados en recoger los huevos que en mirarlo.

Bueno, todos no, una niña pequeña se había sentado sobre una piedra y lo observaba atentamente mientras comía un banano.

El delfín realizó varias piruetas que terminaron en un salto. Ella le sonrió con una sonrisa a la que faltaba un par de dientes. El delfín se rió y dio dos volteretas más. La niña aplaudió poniéndose de pie. Él se sintió feliz. Claro que como público no era numeroso, como aquel que venía río arriba en canoas grandes y ruidosas desde Tarapoa, pero en cambio era un público que, sin lugar a dudas, apreciaba plenamente sus esfuerzos.

-Baila, trompudo, baila para verte, -gritó la niña.

-Mmmmm... Trompudo, -pensó el delfín-. Trompudo... Sí, le gustaba el nombre.

Después de todo su hocico era bastante largo.

Volvió a impulsarse fuera del agua hasta quedarse con su cuerpo rígido. Se movía con delicadeza, de un lado al otro, siempre con el mismo ritmo. Sus pequeños ojos de pupilas acorazonadas miraban fijamente a la niña; ¡verdaderamente le parecía

encantadora! Además, le recordaba a un monito, quizás por la manera de pelar la fruta, el cabello oscuro cortado en flequillo recto sobre la frente y la forma de sonreír arrugando la nariz. Se acercó más y más hasta quedar a poquísima distancia de ella. La niña se sacó unas botas negras de caucho y empezó a caminar hacia el agua con una mano extendida.

Apenas se mojaron sus tobillos, cuando una de las mujeres que se hallaba cerca la llamó; era tiempo de marcharse.

El delfín se entristeció al verla partir. Hacía mucho calor. Se puso a dormir medio sumergido hasta que el sonido de palmadas sobre el agua lo despertó. Un viejo con una pluma atravesada en la nariz y una túnica azul golpeaba la superficie del agua con su mano. Era el chamán de los Sionas.

-He venido a prevenirles a ti y a tus compañeros, -dijo el viejo brujo-. La muerte negra se acerca; los ríos han sido contaminados con la sangre de las entrañas de la tierra que los humanos llaman 'petróleo'. La laguna va a morir.

El delfín rosado sabía que de suceder esto ellos no podrían sobrevivir y, si los delfines morían, ¿quién ayudaría al chamán a atrapar las estrellas? ¿Quién atraería al viento para que vinieran las nubes y bajara la lluvia?

El chamán acarició delicadamente, con sus uñas largas y encorvadas, la cabeza del delfín y dijo: -Lo peor de todo es que yo no puedo hacer nada para evitarlo.

El día siguiente comenzó silencioso. Los delfines no se saludaron saltando fuera del agua ni gritando entusiasmados como de costumbre. Tampoco graznaban los cormoranes. Ni siquiera los monos traviosos hacían ruido desde las altas chontas. Unas gotas de lluvia grandes y gordas golpeaban el agua. El delfín se hallaba nadando preocupado cuando escuchó una voz conocida que lo llamaba. Regresó a ver. Era la niña que viera el día anterior.

El delfín sumergió su cabeza y feliz la saludó con la cola.

Ella trató de alzar una mano a manera de saludo, pero la detuvo para secarse los ojos. Llevaba un vestido rosado que le quedaba demasiado grande y en la mano un atado de ropa.

Tenía la carita triste.

El delfín intuyó que la niña venía a despedirse; unas lágrimas pequeñas se escaparon de sus ojos y fueron a mezclarse con la lluvia.

-Eeeerrrrkkk... Eerk, -dijo bajito sumergiéndose hasta el fondo de la laguna.

Pasó largo rato hasta que volvió a subir a la superficie. El delfín percibió un olor acre, extraño. El agua sabía mal. Su corazón empezó a palpar alocadamente. Tenía miedo. Su instinto le alertó de un peligro.

En la suave penumbra del día que terminaba, el agua se oscurecía. Una sustancia pegajosa empezó a adherirse a su cuerpo sin permitirle nadar. Se quedó flotando sobre una manta espesa y negra. No se escuchaba ningún ruido ni se veía ningún animal. Miró al cielo, vio que estaba cubierto de estrellas pero que éstas no se reflejaban como de costumbre en el agua. El delfín se preguntó si sería posible que la laguna hubiera muerto.

-Ya no se puede atrapar estrellas, -suspiró débilmente sintiendo un frío extraño que le invadía.

Justo en ese momento escuchó un rechistar de lengua y un resoplido. Reconoció el idioma de los delfines, parecía que otro delfín estaba por allí. Alguien se acercó a su lado. Era el chamán, quien sorpresivamente cambió de forma a la de un delfín grande y luminoso que le indicaba que lo siguiera. El delfín rosado, que ya no sentía nada de miedo, así lo hizo. Flotaba en el aire; debajo de él la selva desaparecía en la distancia, por encima, brillaban las estrellas

PIQUIOCIOSO

Premiado en el Concurso Nacional de Cuento Infantil convocado por "El Mercurio". Cuenca, 1974.

Autor: Rene de la Torre Torres

El ritmo febril del trabajo se erguía diariamente entre las copas espesas, su himno afanoso cuchicheaba entre las hierbas, tableteaba sobre los troncos o se elevaba estremeciendo el aire.

Cuentan que, en medio de este reino laborioso, había un pajarito carpintero que nunca hacía nada, y que de tanto no hacer nada, se cansó. Por eso sus amiguitos y parientes le llamaban con sorna:

¡MAESTRO!

Sí, este pajarito era un verdadero maestro... ¡un maestro de la vagancia!

El verdadero nombre del emplumado era Piquiocioso. Vivía —si a eso se llama vivir— de la caridad pública, y, como el desdichado ni siquiera había construido su casa, cada noche estaba obligado a pedir posada en el nido de algún familiar o amigo generoso. Lastimosamente para él, la hospitalidad no se contaba muy a menudo entre las virtudes de los suyos. Por ello, en muchas ocasiones, los carpinteros encontraron a Piquiocioso tiritando de frío, al pie de los árboles, tapado a duras penas con una hoja o envuelto en una alfombra de musgo. Compadecidos de su miseria, los pajaritos suspiraban, y luego... seguían su camino.

Muy cerca de donde vivía nuestro haragán, Gringopico —un pájaro extranjero— había edificado un magnífico palacio. Su mansión estaba localizada en lo alto de un abeto. ¡Era de verla: brillaba desde el sótano a la terraza! Sus pisos tenían el lustre dado con la cera de la colmena vecina, las ventanas estaban engalanadas con vidrios de luna y cortinas de nube; en tanto que las paredes de la fachada y del interior, lucían los colores de las plumas del pavo real. Cualquiera monarca de los árboles, gustoso, habría trasladado su corte a esa dependencia fastuosa.

Gringopico, pajarito de ojos azules y plumaje rubio, estaba de viaje. Sus negocios le obligaban a dejar el país de los carpinteros por unos meses. Por esta razón, en una parte visible de su morada, colgó el siguiente letrero:

PARA CARPINTERO SOLO O
MATRIMONIO SIN NIÑOS

ARRIENDO NIDO DE LUJO.

Piquiocioso tuvo conocimiento de la oferta y, rápidamente, cosa rara en él, se presentó ante el dueño de la mansión. Antes de que éste usara el pico, nuestro amiguito se presentó diciendo:

—Soy el inquilino que usted busca. Soltero, sin compromiso, trabajador y, sobre todo, muy cumplido en los pagos. Además soy sincero, no fumo, no soy charlatán, no...

Tanto habló en bien de sí mismo, que desde ese día escasearon las virtudes. La presentación labiosa de Piquiocioso acabó por convencer al extranjero y, sin más averiguaciones, le arrendó el departamento en tres lombrices contantes y sonantes.

Sacando fuerzas de su vagancia, el haragán consiguió abonar el precio pedido y pronto estuvo pavoneándose en su lujosa vivienda.

En poco tiempo, aprovechando la primavera, su plumaje y sus cantos, Piquiocioso se convirtió en el ídolo de muchas pajaritas. Ellas facilitaron su vida de hippie, pues con el objeto de agradarle, cada una le proporcionaba el mejor manjar que podía obtener. Piquiocioso llevaba una vida de príncipe.

Así pasaron varios meses, pero el día menos pensado, sin atinar defensa, se dejó atrapar por una hermosa damita llamada Piquibella. De este matrimonio nacieron tres simpáticos polluelos. Afortunadamente, el nido arrendado disponía de varios dormitorios y en ellos se instalaron los herederos.

Al ir creciendo, los tres polluelos se convirtieron en tres pilluelos. Sí, hacían diabluras.

En una ocasión, cuando los tres hermanos tomados de las alas patinaban velozmente por el corredor, no pudieron detenerse el momento en que su madre salía del dormitorio a la sala... ¡zas! ¡pum! Fue una catástrofe. Los tres hermanos se estrellaron contra el gran ventanal; un rocío de vidrios cavó sobre la sala cubriéndola de nieve, mientras las avechitas inquietas se retorcían contra el piso. Afuera, la luna reía burlona con su boca de plata.

¿Y su madre? ¿Dónde estaba su madre? ¿Qué le había ocurrido? Las únicas señales de ella se despedían emplumando el aire. Angustiados la buscaron por toda la casa, bajo las sillas, las mesas, las alfombras... nada. De pronto, sobre sus cabezas, y muy cerca del ventanal roto, los pequeños escucharon un aleteo quejumbroso. Al levantar la vista, con asombro descubrieron a Piquibella clavada en el techo. Los carpinteros intentaron trepar por la cortina para ayudarla, mas lo único que lograron fue desgarrar la tela espumosa y blanda. Sin darse por vencidos, se agruparon para decidir la manera más efectiva de bajarla, pero cuando a uno de ellos le vino una idea luminosa, el cuerpo pesado de su madre la apagó, aplastándolos contra el suelo. El castigo no se hizo esperar. Piquibella —que de bella ya no tenía ni el pico— armada de un plumero propinó una tunda a sus pilluelos.

En otra ocasión, mientras las ranas rendían culto a la lluvia con sus voces remordidas, los pequeñuelos no resistieron el deseo de ensayar su oficio. El pajarito menor, un diablillo que lucía un pico largo, largo, imaginó que era Picasso y, sin pensarlo dos

veces, con el esmalte de uñas de su madre embarró la fachada y los interiores. Al mismo tiempo, sus hermanitos, maestros del berbiquí, martillaron incesantemente los picos sobre las paredes del inmueble, llenándolo de viruelas. Tantos huecos hicieron estos oficiales mayores, que su padre, sin distinguir la entrada del nido, se quedó atorado en uno de ellos. Cuando Piquiocioso logró salir de ese enredo, sus hijos disfrutaban el sueño angelical de la niñez.

Entre tanto, Gringopico gozaba de las cuantiosas entradas producidas por sus propiedades en arriendo. Ellas, en su viaje de negocios y, por supuesto, de placer, le habían costado los mejores hoteles, los recorridos turísticos y gastos de toda índole. Cansado de tanto disfrutar, el pajarito rico decidió volver.

Así, una mañana fría de otoño, en el vuelo procedente de Yanquiave, retornó Gringopico.

El mister, apenas llegó, antes de bajar sus maletas y saludar con los suyos, corrió en busca del inquilino y la propiedad. Al primero lo encontró atareado en sus ronquidos.

—¡Mi propiedad! ¿Qué ha hecho Ud. con mi propiedad? —gritó desconsolado el extranjero al mirar la destrucción.

Piquiocioso despertó sobresaltado. Cuando trató de articular palabras en su defensa, Gringopico le cortó diciendo:

—Ud. desocupa mi departamento o le demando en la Oficina de Inquilinato.

—¡Pero señor, mis hijos, mi esposa!

—¿Hijos? ¿Esposa? Yo arrendé mi propiedad a un pájaro solo y no al Director de la Casa Cuna.

—Pero... pero...

—No hay ningún pero que valga. Si hasta las dos de la tarde no ha desocupado el nido, lo haré desalojar con la policía.

El plazo dado por el propietario se cumplió y como el inquilino no había hecho nada por desocupar el departamento, aquel acudió a las autoridades.

A las seis de la tarde, el Comandante Lechuza y varios gendarmes, sin hacer caso de las súplicas de Piquibella ni del llanto de los polluelos, arrojaron las pertenencias de la familia en medio del pasto. El pájaro rubio, muy satisfecho, ordenó de inmediato la reparación de su vivienda.

Afuera, en tanto que el viento hacía crujir las ramas y la lluvia helaba los troncos, Piquibella, desesperadamente trataba de cubrir a sus hijuelos. Todo era inútil: el frío les carcomía sus plumas. Por ello, la pajarita dejó escapar una lágrima tibia y amarga que se deslizó sobre su pechera de terciopelo.

Más distante, cabizbajo y solitario, Piquiocioso escondía su vergüenza bajo la hierba entunada.

Fue una noche interminable y triste para esa familia obrera. El que más sufrió, sin duda, fue Piquiocioso. Toda la velada la pereza paseó burlona por su mente alada. El reclamo interior se entrecortó punzante en la inutilidad de su pico, encendiendo una decisión rabiosa. Al amanecer, nació un nuevo Piquiocioso.

Al despuntar el alba se dirigió hacia un hermoso pino y en él repiqueteó su martillo incansablemente.

En breve estuvo terminando el dormitorio nupcial y las piezas de los niños, la sala, el comedor y todos los servicios. Con ímpetu incontenible alcanzó una estrella y en ella se apoderó de cristales jaspeados que resplandecieron luego en sus ventanas. Su entusiasmo no quedó allí. Piezas de raso musgoso y retazos de niebla conformaron los cortinajes y el parqué del piso brilló más que el sol.

Gozoso, bajó a comunicar su obra a Piquibella que aún dormitaba entumida y triste. Al escuchar la buena nueva, la alegría abrió el pico de todos en carcajadas desiguales. Reían la dicha de poseer su casita propia y un padre trabajador.

AZUL SUEÑO

Autora: Elsa María Crespo

Esa mañana Bastián recibió una invitación que decía: Amigo Perro: Estás cordialmente invitado a una celebración de sueños. Mañana por la mañana en mi casa. No falles porque nos hará falta tu sueño. Tu amigo Tucán

Alegre pero muy preocupado, Bastián se sentó en el sofá a cuadros de su cuarto y pensó: "¿Qué sueño contaré? Mi problema es que siempre estoy de prisa y hasta sueño al apuro, por eso nunca recuerdo mis sueños."

Sus amigos siempre contaban sueños de naufragios, de escondites secretos, de monstruos asquerosos, de castillos de reinas y de magia.

Bastián sentía que era el único perro del mundo que no soñaba.-No puedo llegar a la reunión sin un sueño, sería como ir a un cumpleaños sin regalo o a una fiesta de disfraces sin disfraz.

Pensó, pensó y repensó como encontrar un sueño. Se recostó cómodamente en el sofá boca arriba. Con su hocico pecoso medio abierto, mostrando sus dientes en busca de una sonrisa, con sus escuálidas y largas patas estiradas hacia arriba, sus orejas peludas caídas para atrás y con cara de murciélago con sueño, se durmió.

A las pocas horas, despertó anhelante por saber si recordaba su sueño. No recordó nada, seguía soñando al apuro.- “¿Qué voy a hacer? Como quisiera que exista una tienda de sueños con un letrado que diga: Se vende sueños. Sueños grandes, pequeños, de colores y hasta de importación.”

De nuevo, Bastián se tumbó en el sofá pero esta vez se acomodó boca abajo. Encogió sus escuálidas y largas patas hacia adentro, metió su hocico entre sus patas de adelante, estiró sus orejas peludas hacia los costados, puso cara de camello cansado y se durmió.

A la hora, despertó ansioso por saber si había soñado. Nada, ni un poquito del sueño pudo recordar. “¡Necesito un doctor que me cure este mal de sueños! ! Una bruja que me dé una pócima para recordar sueños! !Necesito un sueño para mañana!”

En pocas horas iniciaba la reunión de sueños. Angustiado , sin saber qué hacer, hizo un último intento.

Con calma se puso su pijama de rayas azules y se instaló cuidadosamente en su silla de madera color azul. Despacio colocó su panza en el asiento de la silla , dejó caer sus escuálidas y largas patas a los costados , cubrió sus ojos grandes con sus orejas peludas, dejó colgar su hocico pecoso fuera del asiento, puso cara de perro-busca-sueños y lentamente se durmió en un sueño profundo.

Al despertarse, Bastián descubrió que no era necesario una tienda de sueños, ni un doctor y peor una bruja. Muy contento se revolcó en el suelo, dio mil vueltas alrededor de la silla y gritó:” ¡Recordé lo que soñé!” Sin quitarse su pijama de rayas azules y con cara de perro dichoso fue a la casa de su amigo Tucán.

Ahí se encontraban todos los amigos para dar inicio a la gran celebración de los sueños. Llegó el turno de Bastián y contó:

-Anoche tuve un sueño azul. Me encontraba en mi cuarto de paredes pintadas con huesitos azules, llevaba mi pijama de rayas azules y dormía plácidamente en mi silla de Madera color azul. Mientras dormía yo le hablaba a mi mente y le decía: “Por favor debes ayudarme, cuando sueñes sueña despacio, no te apures. Tómame tu tiempo y pon atención al más mínimo detalle. Así cuando yo despierte recordaré mis sueños siempre.”

Y desde esa noche - la noche de color azul sueño- y todas las demás noches, Bastián tuvo sueños para contra y contra y siempre durmió en su silla de madera color azul luciendo su pijama de rayas azules.

LA MANO NEGRA

Autor: Edgar Allan García

No les voy a mentir, chicos, la mano no era negra: lo que pasa es que era bastante peluda, tan peluda que mirándola desde lejos parecía una tarántula. ¿han visto una tarántula? Bueno, si la ve, no se acerquen porque podría picarles e incluso darles la mano, en cuyo caso no sería una araña, sino una mano peluda como la de esta leyenda.

Pues bien, la mano peluda que un buen día apareció en Quito era tan especial que no tenía brazo que la sostuviera, ni por supuesto codo, axila, hombro o persona alguna detrás. Era entonces una mano sola, condenada a vivir así tosa la vida porque ¿dónde, dígame ustedes, iba a encontrar otra mano peluda –aunque fuera lampiña- caminando por las calles? Imagínense nada más qué drama: nunca, la pobre, podía estar “mano a mano” con otra, ni mucho menos ponerse a jugar en una esquina de barrio a las “manitos calientes”, o –cuando le entraba la travesura traerse algo “entre manos” con una mano compañera de escuela. Lo único bueno de esta mano peluda era que no podía borrar con el codo lo que ella misma había hecho, que es lo que por desgracia todos los seres humanos hacemos pasando un día.

Pues bien, esa mano peluda era muy inquieta, en especial a partir de las ocho de la noche, cuando todo el mundo estaba durmiendo (porque hay que recordar que era el año 1972, segundos más, segundos menos).

Entonces salía a deambular por los corredores de la iglesia de San Francisco, que era uno de sus sitios preferidos. Subía, saltaba, giraba, hacía equilibrio sobre un solo dedo en el altar mayor, se caía (a veces la pobre se rompía una uña), volvía a levantarse, corría hacia el atrio, y cuando sentía que se acercaba el único lego del lugar, un joven llamado Leandro, que (aquí viene un chisme de los buenos) estaba ahí porque quería pagar con rezos y sacrificios el hecho de haber causado una muerte accidental, una muerte producto de los celos que, por si no lo sabes, son como perro rabiosos que habitan el pecho de algunos seres humanos.

La mano entonces se escondía cerca de una catacumba que tenía una enorme puerta de piedra labrada en la que todavía se puede ver, entre otras cosas, dos manos cruzadas en alto relieve. Tan pronto Leandro pasaba por ahí, alumbrado apenas por una vela de cebo, la mano peluda salía del escondite y saltaba para llamar la atención. Al principio Leandro no podía creer lo que había visto en el piso. ¿Era una araña acaso?, ¿se trataba tal vez de la sombra que proyectaba la vela? Con el tiempo, Leandro se dio cuenta de lo que sucedía y empezó a sentir miedo de esta mano peluda que, muy coqueta, parecía llamarlo con el dedo índice.

Una mañana no aguantó más y le confesó al padre provincial lo que estaba ocurriendo en las noches. –Es una mano peluda de este tamaño, como una mano de gorila, padre, ayúdeme porque ya no puedo más, -le dijo temblando. El padre se lo quedó viendo con las enormes cejas fruncidas: -Mmmm, ¿no habrás estado bebiendo? –No padre. –Más te vale, ya ves lo que le pasó al padre Almeida por andar por ahí farreando. –No padre, le juro que no, padre. –Bueno, -dijo finalmente el provincial fray Eugenio Díaz –esta noche sabremos la verdad.

En efecto, esa noche el padre fue con Leandro hasta la cripta, pero al principio no vio ninguna mano: esta andaba muy tranquila jugando a la resbaladera dentro de uno de los tubos del enorme órgano de la entrada. De pronto se escucho un ¡plaff! Sí, es lo que imaginan: la mano peluda se había caído desde el balcón y rengueaba por entre las bancas sin poder gritar “ayayay” por falta de boca. –Ahí viene, -dijo Leandro, temblando. –Shhhh, -dijo el padre, que quería sorprenderla con la mano en la masa. Pocos segundos después, llegó como llega una tarántula herida, arrastrando una pata, qué digo, un dedo, el dedo gordo para ser exactos. Cuál no sería el susto del padre provincial que de inmediato salió corriendo hacia los dormitorios, gritando santas palabras en latín y malas palabras en español.

A partir de esa noche, la mano peluda, a la que todos empezaron a llamar “la mano negra”, se hizo famosa: si un niño no quería tomar la deliciosa sopa de nabos, de col hervida o de acelga agria que le servía su mamá, esta de inmediato decía que ese mismo rato iba a llamar a la mano negra y, en un santiamén el pobre niño se la tomaba, con ajos y todo, aunque estuviera fría. O si alguien creía que en algún negocio había algo engañoso, algo que olía mal, o algo digno –por ejemplo- de un politiquero, en seguida decía: “a mi me parece que aquí hay mano negra”.

Mientras tanto, Leandro lucía un par de orejas grises cada vez más grandes y, con un leve temblor en los cachetes flacos, le juraba a todo el que se encontraba en su camino que una de esas noches se iba a volver loco porque a “la mano peluda”, decía se le había “ido la mano” con él.

Tanto se quejó y tanta pena daba que una noche bajo el padre provincia rodeado de más de veinte frailes y, lentamente, llegó hasta la puerta que desemboca en la cripta. La mano estaba ahí, como esperándolos, moviéndose coqueta de un lado para otro y haciéndoles señas con el dedo índice para que entraran. Todos parecían espantados, nunca se supo si porque a la mano no le habían cortado las uñas llenas de tierra desde hacía años o porque la muy traviesa tenía en verdad una apariencia terrorífica.

Por fin, ese mismo instante, el padre provincial decidió que ya que Leandro era casi un amigo de la mano peluda, mejor conocida como “la mano negra”, tenía su bendición para entrar a la cripta y así el mismo viera lo que la mano quería enseñarle en su interior. El padre provincial agregó que él mismo, junto a los demás monjes, lo esperarían hasta que el saliera, no importaba cuánto se demorara. Le ordenaba, además, que estuviera atento a todo lo que viera y escuchara, para que al salir les contará con lujo de detalles su aventura. En otras palabras, como ya se habrán dado cuenta, al pobre Leandro no le quedó otra opción que entrar a la cripta detrás de la mano negra que parecía muy feliz con lo que estaba pasando.

Los frailes y el padre provincial empezaron de inmediato a echar “agua bendita”, a quemar incienso y rezar el Rosario con roncros murmullos. Al principio rezaron de pie, luego apoyados contra las paredes heladas y más tarde sentados en las bancas crujientes que estaban frente al altar. Para no alargarles la historia, “nunca jamás”, o como decía mi abuela, “jamás de los jamases” volvió a salir Leandro de la cripta. Sí como lo oyen: se lo tragó la oscuridad de la noche, se lo llevó el oscuro aire de la madrugada, se hizo uno con el silencio en la luz lechosa del amanecer.

Es sabido que los frailes se quedaron dormidos en las bancas de la iglesia, pero es también sabido que durante años contarían una historia muy diferente, aumentando por aquí y quitando por allá, como corresponde a toda historia, hasta convertirse –cada uno de ellos- en el único valiente de esa misteriosa noche.

Como siempre sucedía, algunos aseguraron que “la mano negra” era en realidad la mano del diablo. Otros más chistosos opinaron que debía haber sido más bien la mano de una diabla, por el detalle de las uñas largas. Los de la esquina contaron por su parte que apenas entró Leandro a la cripta, se abrió un foso como la boca de un monstruo y, de un tirón, “la mano negra” se lo llevó directo a lo “infiernos” (el infierno es uno solo, me lo explicó una vez un niño, pro al parecer tiene sucursales, de ahí eso de los infiernos). Los malpensados – que casi siempre aciertan- dijeron en cambio que Leandro había inventado la historia de “la mano negra” para, esa misma noche, mientras los otros frailes dormían en las bancas de la iglesia, poder escaparse a Quien sabe donde y que, una vez allá, decidió quedarse “para siempre jamás”.

De todas maneras, cualquiera sea la verdad de los hechos, yo les sugiero que vayan a visitar la cripta que está a la derecha de la iglesia de San Francisco, en el fondo, a la entrada de la capilla: si miran bien, se darán cuenta de que es una verdadera obra de arte labrada en una piedra enorme y que, a pesar de su tamaño, se abre con una facilidad asombrosa. Les cuento que ahí reposan los huesos de los Villacís, una familia que tuvo mucho poder durante la Colonia, y que tal vez creyó, como creían en esa época, que podían comprar el cielo adquiriendo, para siempre una cripta familiar en plena iglesia.

Eso sí, déjenme advertirles que si acaso ven una tarántula caminando debajo de las bancas, o al lado de la cripta, por favor no la toquen, no la levanten, pero sobre todo no la sigan; hagan como si no la hubieran visto y continúen paseando por ese maravilloso y deslumbrante templo que siempre ha sido San Francisco . ¿Trato hecho?

EL YAVIRAC

Autor: Edgar Allan García

Por si no lo sabes, el Panecillo se llama así porque a los primeros españoles les pareció que aquel cerro tan redondo y armonioso que se levantaba en el corazón de Quito, era igual que un pan, un panecillo de miga blanca y apretada, de esos que los panaderos de Sevilla o Andalucía horneaban para luego inundar las calles con su olor irresistible.

Muertos de nostalgia, los españoles bautizaron el pequeño cerro como panecillo, en una tierra en que no se conocía el pan que ellos añoraban, -pues aun no había trigo- sino que rebosaba de humeantes llapingachos, tortillas de quinua, humitas de sal y de dulce, yuca asada, bizcochos de maqueño, empanadas de morocho, chigüles de maíz, torta de choclo, tamales rellenos con mote y chicharrón de llinguino tierno, todos chisporroteando en la viscosa mapahuiria y bañados luego en un jugoso ají que mmmm, continuar con tantas y tantas delicias que cómo te imaginarás, enloquecieron de gusto a los recién llegados, aunque ellos –como ya te dije- seguían extrañando esos panecillos calientes, acompañados de vino tinto, que años más tarde el gran Velásquez se

encargaría de pintar en un lienzo donde un niño parte, desde hace siglos, un sabroso pedazo de pan.

Debes saber también que antes de que llegaran los españoles, este sitio era conocido como el Yavirac, y ahí, sobre su cima, los indios anteriores a los incas, y más tarde los incas que invadieron estas tierras, festejaban el *Inti Raymi*, la gran fiesta del Sol. Así, el 21 de junio de cada año, los indios de distintas regiones se reunían en el Yavirac para cantar y bailar y beber y alabar, en una ronda de alegría, al altísimo señor del cielo que moría cada tarde y renacía cada mañana, al generoso *Inti* de la vida y el calor, al padre de la siembra y de la cosecha que año tras año daba a luz *Pacha mama*, la Madre Tierra.

Pues bien, cuenta la leyenda que Atahualpa (en realidad se llamaba Atabalipa) había mandado construir en la cima del Yavirac un templo de oro puro. Debes saber que a los incas les gustaba mucho el oro por una sola razón: este era el metal que más se parecía a los rayos de luz que brotaban del Sol. Para los españoles en cambio, aquel metal significaba conquista, gloria, fortuna, tierras, nobleza, poder sin límites.

Por eso, luego de que los españoles mataron al inca Atahualpa (que en ese entonces tenía 33 años), marcharon a toda prisa hacia Quito con ansias de repartirse el Templo de Oro que estaba en la cima del Yavirac.

Imagínate, por un momento, imagínate los rostros de decepción que tenían los españoles que sudorosos y cansados subieron a la cima del Yavirac y se encontraron que no había ni una sola pepita de oro sobre la tierra seca: el Templo del Sol había desaparecido como por arte de magia. Pero lo que no sabía –ni supieron nunca- era que dentro del Yavirac, en el corazón del cerro, entrando por caminos secretos llenos de arañas ponzoñosas y alacranes gigantes y desfiladeros llenos de trampas mortales, se encuentra el Templo del Sol, cuidado por cientos de doncellas hermosas que no envejecen nunca y por una anciana sabia que –según he escuchado- es la mismísima madre de Atahualpa.

Te cuento otro secreto: si alguna vez logras encontrar la entrada, y luego de salvarte de los peligros que te esperan, llegas por fin a la morada de la anciana, tienes que pensar muy bien en lo que dices y haces. Si la anciana te pregunta –mirándote fijamente a los ojos- qué buscas en esos recintos sagrados, tienes que decir que eres pobre, que has ido a dar ahí por accidente que solo buscas la salida y que juras nunca revelar la entrada secreta a aquel templo. La anciana entonces se levantará de su trono de oro macizo; te hará escoger entre una enorme piedra de oro, más un puñado de perlas, rubíes y esmeraldas que están sobre una mesa, y una tortilla de maíz, una mazorca de choclo tierno y un pocillo con mote jugosa que están sobre otra mesa. Piénsalo bien, pues si escoges la primera mesa, es probable que al salir te encuentres con que en vez de riquezas sólo llevas un pedazo de ladrillo y unas cuantas piedras comunes en las manos. Y es probable también que, si escoges los alimentos que se encuentran sobre la segunda mesa, la tortilla se convierta de pronto en un enorme pedazo de oro sólido, el choclo tierno en numerosas pepitas de plata y el pocillo con mote en gran cantidad de perlas brillantes. Escoge bien, porque es probable que suceda también al revés, y que una vez afuera ya no haya forma de volver atrás.

Yo no te contaré nunca, así insistas, por qué tengo un cerro de dinero que se me sale por los bolsillos ni por qué vivo en casa mansión de estilo antiguo que se levanta aun lado

de la cima del hermoso Yavirac, sólo te diré que gracias a que la vida ha sido tan generosa conmigo, desde hace años suelo ayudar a monos llenas a aquellos que más lo necesitan. Ah, y como sé que te estarás imaginando que todo lo que ahora tengo se lo debo a la anciana del Templo del Sol, déjame decirte algo, y que te quede muy, pero muy claro, de ahora en adelante: es probable que sí y es probable que no. ¿Entendido? Y ahora, por favor, déjame para que pueda comer una comida que antes no me gustaba pero que ahora me encanta: mi tortilla de maíz, mote y choclos tiernos.....a menudo, claro está, que también tengas hambre y quieras saborear un poco de estas delicias conmigo.

Etsa

Autor: Edgar Allan García.

Ampam había ido esa mañana lluviosa al Registro Civil para inscribir a su pequeño hijo. Un hombre de traje gris los vio llegar, se secó el sudor con un pañuelo arrugado y preguntó de mala gana.

-¿Qué quieres, indio? Habla rápido que no tengo tiempo.

-¿Quiero inscribir a mi hijo –dijo con tranquilidad Ampam.

-Ya, ¿y cómo quieres ponerle, pues?

-Quiero que lo anoten como Etsa, igual que....

-Pero, cómo... –gritó el hombre mientras se levanta furioso del escritorio-, ¿le vas a poner Etsa este niño?, ¿Etsa? , ¿no ves que es nombre de mujer?, ¿estás loco? Estos indios ignorantes....

Ampam trató de explicarle que Etsa en el idioma de los shuar, quería decir Sol, el valiente Sol, el generoso Sol de sus antepasados, pero el tipo no lo dejó explicar nada. Ampam miró con tranquilidad a aquel hombrecito que se negaba a escuchar e insistía en hablar palabras sin sentido. Entonces recordó la tarde en que su abuelo Arútam –que en shuar quiere decir Poderoso Espíritu de la mañana- lo llevó a caminar por la selva. Ahí entre gigantescos matapalos y frondosos copales, chambiras, y pitajayas, le contó de qué manera el luminoso Etsa les devolvió vida a los pájaros.

-Iwia es un demonio terrible –le explicó Arútam-. Desde siempre ha tenido la costumbre de atrapar a los shuar y meterlos en su enorme sirga para después comérselos. Fue así como, en cierta ocasión, el cruel Iwia atrapó y luego se comió a los padres de Etsa. Entonces raptó al poderoso niño para tenerlo a su lado y, durante mucho tiempo, le hizo creer que su padre era él.

Cuando Etsa creció, todos los días, al amanecer, salía a cazar para el incansable Iwia que siempre pedía pájaros a manera de postre. El muchacho regresaba con la gigantesca shigra llena de aves de todas las especies, pero una mañana, cuando apenas empezaba su cacería, descubrió con asombro que la selva estaba en silencio. Ya no había pájaros coloridos por ninguna parte. Solo quedaba la paloma Yápankam, posada sobre las ramas de una malitagua.

Cuando Etsa y la paloma se encontraron en medio de la soledad, se miraron largamente.

-¿Me vas a matar a mi también?

-preguntó la paloma Yápankam.

-No –dijo Etsa-, ¿de que serviría?

Parece que he dejado toda la selva sin pájaros, este silencio es terrible.

Etsa sintió que se le iban las fuerzas y se dejó caer sobre el colchón de hojas del piso.

Entonces, Yápankam voló hasta donde estaba Etsa y, al poco rato, a fuerza de estar juntos en medio de ese bullicioso silencio en el que aún navegaban los gritos de los monos y las pisadas de las hormigas, se convirtieron en amigos.

La paloma Yápankam aprovechó para contarle al muchacho la manera en que Iwia había matado a sus verdaderos padres.

Al principio, Etsa se negó a creer lo que le decía, pero a medida que escuchaba las aleteantes palabras de Yápankam, empezó a despertar del engaño que había tejido el incansable Iwia y , entonces, como si lo hubiera astillado un súbito rayo, se deshizo en un largo lamento. Nada ni nadie podía consolarlo: lloraba con una mezcla de rabia y tristeza, golpeando con sus puños el tronco espinoso de la enorme malitagua.

Cuando Yápankam se dio cuenta de que Etsa empezaba a calmarse, le dijo:

-Etsa, muchacho, no puedes hacer nada para devolverles la vida a tus padres, pero aún puedes devolvérsela a los pájaros.

-¿Cómo? –quiso saber Etsa.

La paloma explicó: Introduce en la cerbatana las plumas de los pájaros que has matado y sopla”.

El muchacho lo hizo de inmediato: desde su larga cerbatana empezaron a salir miles, millones de pájaros de todos los colores que levantaron el vuelo y con su alegría poblaron nuevamente la selva. Desde entonces –le aseguró su abuelo Arútam- Etsa, nuestro amado Sol y el demonio Iwia son enemigos mortales.

EL NACIMIENTO DE LA FLOR DE TAXO

Autora: Teresa Crespo Salvador

En épocas muy remotas, antes aun de la presencia viril y heroica de los shyris en nuestro territorio, había una princesita india llamada Llira. Era una niña esbelta y hermosa como una gacela. Su pelo negrísimo, que se lo peinaba al uso de la tribu en una gruesa trenza, le colgaba por detrás y daba a su cara bronceada una sombra de misterio y ternura. Sus ojos negros, brillantes y profundos soñaban en cosas extrañas y sus manos jugaban dulcemente con el agua y las flores.

Llira era amiga del campo. Gustaba de dar largos paseos por las lomas verdes e internarse muchas veces por senderos que la conducían siempre a lugares ya por ella conocidos. Caminaba dejándose acariciar los pies por las hierbas y conversando con las hojas, un lenguaje sólo sabido por ella.

Un día se enteró que muy dentro en la montaña, en un lugar muy oculto y de casi imposible acceso, brotaba un manantial de agua cristalina y que quien alcanzaba a beber de su corriente adquiría Felicidad. Llira tenía el cielo, el campo, las estrellas; pero desde

ese instante sintió deseos de poseer plenamente la Felicidad y no perderla nunca. Por eso salió al punto en busca del arroyo. Una mañana llena de sol, en los nevados de su tierra brillaban encendidos a lo lejos y los gorriones picoteaban alegremente entre los tiernos sembrados de maíz, Llira con la ilusión prendida en el alma corría por los campos. Iba internándose en la dirección que le indicaba su instinto de muchacha campesina. Corría y corría, con sus pasos menudos y acompasados. Corría sin prisa, alegremente.....

Cuando había transcurrido toda la mañana, Llira se sentó a descansar a la sombra de unos árboles. De pronto oyó un rumor suave, como de agua que pasaba cerca. Sólo el oírle le refrescó el alma y se acercó a buscarla. Estaba cansada por la larga carrera y al descubrir el arroyito que pasaba saltando sobre las piedras hundió sus manos en el agua fresquísima y la llevó a los labios, bebió dulcemente y sintió que todo su cuerpo adquiriría una frescura infinita: “Como deben sentir las totoras”, pensó, y ríe alegremente. Luego sintió hambre y como cerca había un bosque silvestre había un bosque silvestre fue a buscar frutas en él, como lo había hecho siempre. Una hermosa enredadera subía por entre los troncos, haciendo aún más espesos los grandes árboles. Llira se sentía feliz con la frescura de la sombra y con el brillo de las hojas. Y mientras sus manos se hundían entre la tierna maleza, buscando frutos, sintió deseos de pegar su cara a la frescura de la planta. De pronto, allí donde sus labios habían besado las hojas, vio brotar una estrella del color de sus labios! Asombrada y gozosa besó mil veces el follaje de la trepadora y cada vez el roce de sus labios producía una flor nueva. Llira comprendió: el agua que había calmado su sed momentos antes era el agua milagrosa que buscaba. Entonces comprendió que la felicidad era poder dar, en los labios, en las flores como estrellas, tal como ella las dio a una humilde planta de las montañas. Brindar alegría. Y saber después que esas flores habíanse trocado en dulces frutos aterciopelados y verdes.

Y Llira fue feliz. Y la flor del taxo perfumó su vida para siempre y ha seguido perfumando los campos y embelleciendo a las doncellas indias que gustan de enredarlas a sus negras trenzas.

EL CANGREJO VIAJERO

Autor: Eliécer Cárdenas

Los cangrejos que viven a las orillas de los riachuelos que corren entre las montañas de Papayal son negros y pequeños. Se resguardan bajo las piedras cercanas al agua y nadan felices entre las corrientes que son rápidas y muy claras, tanto que se ven las piedrecitas multicolores del fondo. Nada les faltaba a esos cangrejos de río. El alimento era abundante y solo debían precaverse de las aves que hundían los picos entre las piedras para engullir un buen bocado.

Sin embargo, un pequeño cangrejo no se sentía contento con su vida a orillas del arroyo. Con sus ojos saltones y sus antenitas se pasaba las horas contemplando inmóvil el paso de la corriente que sé llevaba, montaña abajo, briznas de hierbas y hojarascas caídas.

-Si pudiera viajar, -suspiraba el cangrejo- entonces iría no sólo hasta los remolinos donde se estrellan las ramas caídas. Iría muchísimo más allá, hasta sitios que ninguno de mis hermanos cangrejos conocen.

El cangrejito de río se enteró a través de los cangrejos mayores a dónde iban las aguas del sonoro arroyo montañés en cuyas orillas habitaban.

-Sabemos que esta agua lleva a otras aguas más grandes, monte abajo, y aquellas aguas van a un lugar que está hecho únicamente de agua, pero no dulce y sabrosa como ésta sino salada, y quizá peligrosa para nosotros -le contó un cangrejo adulto del grupo

-Más allá de aquel rincón, del riachuelo había muchos riesgos,- contó otro cangrejo maduro que en -su juventud fue bastante curioso y se aventuró unos metros corriente abajo.

-Allí encontré peces muy grandes y voraces, bandadas de aves que abrían sus picos para devorarme, y me volví para no moverme más de aquí. Este sitio es el mejor del mundo para los cangrejos del río -le dijo el experimentado adulto

Pero el pequeño cangrejito no se conformaba con esas historias que le aconsejaban no tener demasiada curiosidad por el curso de la corriente. Y seguía mirando el paso de las aguas claras y espumosas sobre el lecho de menudas piedras del riachuelo, y aumentaba su anhelo de ir lejos, muchísimo más lejos del sitio al que había llegado el cangrejo curado de viajes.

Un buen día llegó al lugar un bullicioso grupo de cotorras habladoras. Acamparon en un árbol cercano y entre ellas no se cansaban de conversar acerca del ancho mundo, que parecían conocerlo de un extremo a otro.

El cangrejito al escucharlas se aproximó al pie del árbol y preguntó:

-¿Conocen el sitio a donde van a dar las aguas de todos los riachuelos?

-Vaya que sí lo conocemos -respondió una de las cotorras habladoras mientras cerraba el párpado azul de uno de los ojos-. Es un lugar que tiene muchísimos cangrejos que viven en las orillas, pero no son negros y pequeñitos comí/ tú, sino muy rojos y púrpuras también, y muy fuertes, con un inmenso par de tenazas con las que asustan a los intrusos.

Y el cangrejito de río se entusiasmó mucho más con la idea de marcharse hacia donde todas las aguas desembocan, para conocer a los prodigiosos cangrejos de color rojo o púrpura, muchísimo más fuertes e importantes que los que pertenecían a su especie. Si vivía entre ellos, él podría darse importancia, y posiblemente su caparazón se volvería roja, o púrpura, pensó. El pequeño cangrejo era todo curiosidad.

Al fin decidió dejarse llevar por la corriente, río abajo. Sintió que el agua lo transportaba cada vez más lejos, hasta que ya no pudo distinguir la piedra gris bajo la cual habitaban sus parientes. El arroyo caía en breves cascadas, se hundía en gargantas con los bordes cubiertos por helechos y palmas, y el cangrejo movía las patitas para evitar que el ímpetu del agua hiciera chocar su cuerpo entre las rocas. Estaba exhausto y

hambriento, en la corriente, cuando un par de cangrejos negros como él lo llamó desde la orilla.

-¿A dónde vas? ¿Te encuentras extraviado? La correntada te va a llevar sin remedio hasta sitios en los cuales para nosotros es difícil vivir -le dijeron los cangrejos después que le dieron de comer.

-Sólo deseo recuperar mis fuerzas para seguir adelante -les respondió el cangrejito-. Voy al lugar donde todas las aguas se vuelven una sola.

Y el animoso cangrejo continuó viaje, ante la admiración de los otros. Más allá, el riachuelo se fue convirtiendo en un auténtico río debido a la afluencia de arroyos menores, y empezaba a correr, poderoso y oscuro, a lo largo de una amplia llanura bordeada por verdes cañaverales y espesos penachos de guadúas. Empezó a llover de golpe, y llovió tanto que el río se desbordó, y el pequeño cangrejo, arrastrado por el agua, fue a dar en un inundado plantío de arroz, donde algunos cangrejos negros como él buscaban con afán un pedazo de tierra libre de agua.

A dónde vas, cangrejito preguntaron los naufrá-. Se que no eres de estos lados, ya que no sabes cómo sostenerte en medio de esta correntada.

-Voy al sitio donde se unen todos los ríos -contestó con orgullo el cangrejito-. Allí conoceré a los cangrejos rojos y a los de color púrpura.

-Mejor no sigas -le recomendaron los cangrejos del arrozal inundado-. Ese sitio puede ser peligroso.

El pequeño cangrejo encogió sus tenacitas, tal como los niños lo hacen al alzar los hombros y tras mucho nadar encontró nuevamente el cauce del río. Siempre dejándose llevar por las aguas, se encontró en medio de una anchísima corriente, en cuyas distantes orillas brillaban las luces de las ciudades de los humanos, tan fantásticas para el cangre-jito que no había admirado claridad igual allá en su riachuelo de montaña.

-¿Qué haces por aquí, cangrejo de río? -le preguntó un pez sacando su carnosa boca de bajo el agua-. Debes venir desde muy lejos, ya que en este gran río no hay muchos cangrejitos como tú.

-Voy al sitio donde las aguas se reúnen -respondió el pequeño cangrejo, esforzándose por distinguir al pez entre la turbiedad del río.

-A ese lugar ni yo me atrevo a ir -aseguró el pez, y se despidió de él con un rápido movimiento de la cola, antes de hundirse en la corriente.

Pero el cangrejito no se desanimó. Continuó río abajo, alimentándose como pudo, en esas aguas cenagosas, del color de una hoja reseca. Al fin, sintió que el líquido adquiría otro sabor y el viento empujaba olores desconocidos. Las aguas se encrespaban en poderosas olas, y el cangrejito preguntó a un delfín que retozaba con alegres saltos sobre el agua, si había llegado al sitio donde se unen todos los ríos.

-Has llegado -le dijo el delfín, mirándole con atención-

. Aquí se juntan todas las aguas. Es el mar.

-¿Me podrías decir dónde puedo hallar a mis parientes los cangrejos rojos y de color púrpura? -quiso saber el cangrejito de agua dulce,

Si vas hasta esa playa que está a tu derecha, encontrarás a los cangrejos le dijo el buen delfín-. Pero cuídate del oleaje que puede arrastrarte mar adentro.

En efecto las olas eran muy grandes y a cada instante amenazaban con llevar al cangrejito lejos de la playa. Con gran esfuerzo, logró arribar a tierra, donde un semicírculo de grandes cangrejos de color púrpura o rojo movió sus inmensas tenazas por la sorpresa al ver la traza del recién llegado

-Hum, ¿qué tenemos aquí? Un cangrejo enano -dijo uno de los animalones de la playa con desprecio.

-Un cangrejo negro, vaya -opinó con burla otro.

El pequeño cangrejo de río les explicó de dónde venía y les relató su largo y difícil viaje. Los grandes cangrejos de la orilla del mar le permitieron quedarse en la playa, a condición de que les limpiara la arena de las algas que arrojaban las olas. Pero al cangrejito le cayó mal la comida con que se alimentaba esa especie grandulona y el agua salada no le causaba el placer al nadar que le daba la dulce de su riachuelo de las montañas. De los grandes cangrejos logró aprender algunos trucos, como zambullirse bajo la cresta de una ola o enterrarse en la arena. Sin embargo, pronto el pequeño cangrejo negro comprendió que su lugar estaba en el arroyo que lo vio nacer. Se despidió de manera cortés del grupo de cangrejos rojos y púrpuras, y emprendió el camino de regreso, desde la boca del gran río, corriente arriba, aprovechando la marea. Era un viaje mucho más esforzado que el de ida. Delgado, fatigadísimo y hambriento, el cangrejito llegó al fin, tras muchos días de marcha, al rincón del arroyo donde vivían los suyos. No lograba creer que fuera verdad: había regresado.

-Vaya, has vuelto -exclamaron sus sorprendidos compañeros-. Creímos que no te volveríamos a ver.

El pequeño cangrejo contó su aventura viajera con lujo de detalles, y a modo de conclusión dijo:

-He conocido muchas aguas y tierras, incluso estuve en el mar donde habitan los grandes cangrejos rojos y los de color púrpura, pero no cambio este rincón del riachuelo por nada de lo que he visto. Porque aquí es mi hogar.

Los cangrejos de río celebraron con una fiesta el retorno del viajero, que se pasaba recordando con satisfacción y orgullo su aventura. Porque al conocer lugares lejanos había aprendido a valorar el suyo propio.

MARCELA, VEN A VER AL NIÑO

Autora: Alicia Yáñez Cossíos

Hace años, cuando no estaban de moda los árboles de navidad, a nadie se le podía ocurrir cortar un árbol de ciprés para ponerlo en la sala, llenarlo de adornos y de luces, como si fuera a un baile, y después tirarlo a la basura o quemarlo como se quema al Año Viejo. En esas viejas navidades de antes, nunca faltaba un nacimiento en cada casa, y se comenzaba a hacerlo en los primeros días de diciembre.

La tía Isadora ordenó a Marcela que fuera al campo; acompañada de la dota, a recoger musgo y zagalitas para hacer el nacimiento. Cuando llegaron con los canastos llenos, vieron que la tía ya había hecho el cielo con papel engomado, borroneado de azul y colocado la estrella de los Reyes Magos con otras estrellas que brillaban y hasta titilaban, porque estaban apenas sostenidas con puntas de alfileres. Una enorme colcha tapaba los caballetes y las tablas que formaban la tarima, y encaramada sobre ella, la tía estaba dando forma a los montes, caminos y llanuras.

Al ver eso, Marcela protestó:

—Pero tía, ¿por qué razón no me esperaste ...?

—Porque demoraste demasiado, pero no me armes berrinche, solo hago un poquito más... y te dejo a ti, aunque todavía me falta colocar el pesebre y las casas y hacer la vertiente de agua que desemboca en la laguna de los patos.

—¡Eso sí que no! —Protestó Marcela. —Porque tú haces el agua con papel celofán y queda horrible... Los patos se caen y parece que se han muerto...

Isadora se puso incómoda:

—No te voy a permitir que hagas chorros de agua, porque se encharca el piso, y como ya te conozco, hasta vas a querer chapotear en la laguna.

—Verás tía, —respondió Marcela— si fuera del tamaño de los patos, claro que me metería en la laguna, pero como no soy, no digas lo que no es... El celofán queda horrible. Lo que pasa es que tú quieres acaparar todo y no me dejas hacer nada.

La tía, sin hacerle caso, siguió de rodillas, encaramada en la tarima y al ver las estrellas, Marcela preguntó:

—¿De dónde sacaste tantos papeles plateados...?

—De las envolturas de chocolates que yo —¿quién si no?— tuvo la precaución de irlos guardando.

—Eso quiere decir que te comiste tantos... ¿tú, solita? — Preguntó enojada.

Isadora no respondió y siguió dándose gusto. Pero sucedió que, en tal postura, le dio un calambre, se le entumecieron las piernas y no le quedó más remedio que bajarse de la tarima, al tiempo que gritaba:

—¡Clota, Clota, ven a darme fricciones de aguarrás! Llegó la Clota con el frasco, y mientras le sobaba a diestra y siniestra, Isadora dijo a Marcela:

—¡Qué remedio! Ahora sí, te toca a ti, y voy a ver qué haces...

Marcela, no esperó más, se encaramó de un salto en la tarima y, como era de esperarse, tembló la tierra. ¡Hubo un terremoto en Belén! y toda la armazón se vino al suelo.

Isadora se paró de un salto y gritó:

—¡Claro, ya lo sabía! ¡Eres un desastre! ¡No es posible encargarte que hagas nada!... Menos mal que el nacimiento no era tan alto como otras veces.

Marcela no tuvo más remedio que sentarse en el suelo, esperar que la Clota volviera al aguarrás, que se fueran los calambres y que se volviera a armar lo desarmado. La tía Isadora volvió a subirse a la tarima y Marcela solo pudo contentarse pasando el musgo, las zagalitas, el pesebre y todo lo que pedía:

—Páseme la mula y el buey

Antes de entregarlos, Marcela los acarició e Isadora los colocó al fondo del pesebre.

—¡Eso sí que no! —Dijo Marcela. —No puedes ponerlos tan atrás, porque no se les ve.

—Así es la tradición. —Respondió Isadora—Y allí los dejó.

—Ojalá se largaran de pastoreo. —Murmuró Marcela.

—¿Qué estás diciendo?

—Que no soy tonta para creer que todo el tiempo la mula y el buey se quedaron calentando al Niño con su aliento, también debieron irse a comer alguna yerba... No sé por qué les escondes...

Isadora prefirió no contestar. Pidió que le pasaran a María y a José, y los colocó al lado de la cuna vacía.

—¿Traigo a Jesús? —Preguntó solícita Marcela.

—No. Porque no ha nacido todavía.

—¡Cómo, si nació hace dos mil años...!

—Así es. Pero lo pondré el 24 de diciembre, a la media noche, cuando regresemos de la Misa del Gallo.

—Y entonces, ¿para qué hacemos nacimiento...? ¿Para que el Niño se quede solito, sin nadie, en tu cuarto, sin ver a los pastores ni a los niños que vendrán a la novena...?

—Así es la tradición y así se hace. Y si me sigues molestando, te mandaré a la cama.

Marcela suspiró e Isadora siguió pidiendo:

—Pásame las casas... Pásame a los pastores... Pásame las ovejas... Pásame la arena del camino... Traigan a los Reyes Magos... .

—¡Eso sí que no! —Gritó Marcela. —Tú misma dijiste que los Reyes Magos llegaron por enero.

—Si. Esa es la verdad. Pero no voy a tolerar lo del año pasado.

—¿Qué pasó el año pasado...?

—Esa locura de que les hagan caminar.

—¡Pero si eso fue lo mejor de todo...!

—¡No y no y no! Aunque te pares de cabeza... No te creas que voy a permitir que hagas el camino hasta la cocina y que cada día los camellos den pasos hasta acá, y que vengan tus dichosos primos y se peleen diciendo que el camello de Melchor va adelante del camello de Gaspar, y que el camello de Baltazar se rompió la pata... Y que se pasen discutiendo que los Reyes Magos se achicharran bajo el sol del desierto, y que me destrocen la enciclopedia para saber si en la joroba de los camellos hay agua o hay grasa, y todas esas boberías que se les ocurre, como si la Navidad fuera un juego de mocosos... No voy a permitir que la pobre Clota se pase sacudiendo la alfombra y tenga que barrer toda la casa, y..

—Y ¡claro! que mande a escobazos a los camellos debajo de los muebles. —Agregó Marcela, recordando los malgenios de la Clota.

—¡Sí, eso mismo! Ni creas que voy a dejar que vengan las visitas y vean la regazón de arena por toda la sala, y..

—Y que la Navidad sea para ti sola y no para nosotros.

—¡Cállate, Marcela! y no discutas más.

—Pero es que tú te crees dueña de la Navidad, te comes chocolates a escondidas, y hasta nos haces rezar de rodillas una novena larguísima y..

—¡Basta ya! ¡Perdí la paciencia! ¡Lárgate a la cama sin comida! Y ten presente, que si sigues así, le diré al Niño Jesús que no te traiga ni un juguete.

—¿Acaso el Niño Jesús habla contigo...?

Marcela salió refunfuñando. Se encerró en su cuarto. Puso seguro en la puerta para que no entrara la tía Isadora ni la Clota, y se acostó vestida. Lloró un poquito, se abrazó a la almohada y.. después de un rato oyó una voz que le decía:

—Marcela, ven. Vamos a ver al Niño.

Entonces se dio cuenta que se había reducido de tamaño y que estaba encaramada en el nacimiento de la tía. Caminaba por un sendero de zagalitas. Los pájaros volaban en el viento, sin mover las alas. Arriba, en el cielo de cartón brillaba la estrella de Belén y calentaba como el sol. Abajo, a lo lejos, el cortejo de los Reyes Magos avanzaba por

debajo de la mesa del comedor. A un lado, una vaca rumiaba y no se dejaba ordeñar por la Clota.

Al verle, Marcela le dijo:

—¡Qué extraño! Eres igualita al buey que estaba en el pesebre...

—No importa. Es lo mismo. —Respondió la vaca.

—¿Y dónde se quedó la mula?

—No sé. Debe andar de pastoreo...

Marcela siguió caminando y se encontró con un rebaño de ovejas del mismo color y del mismo sabor de los merengues. Llegó a la laguna de los patos y se puso a jugar con ellos salpicándoles agua y empapándose. Un pastor, se detuvo a mirarla y le advirtió:

—Si te ve tía Isadora, te mandará a la cama...

—Y a mí qué... —Respondió Marcela. —Ven a jugar conmigo y con los patos.

—No puedo, porque voy al pesebre de Belén y llevo un quesito de cabra de regalo.

—Yo también voy para allá, pero no llevo nada, y es la primera vez que me dejan jugar en la laguna.

—Bueno. Está bien, pero ¿conoces el camino?

—Creo que sí, aunque no sé si mi tía lo cambió de sitio, pero no importa, siempre encuentro chaquiñanes para llegar más pronto.

Marcela anduvo largo rato y por fin llegó al pesebre. Vio a José corriendo tras el viento que le había quitado su sombrero de paja, y cuando logró rescatarlo, le dijo:

—¡Hola, chiquita! ¿Vienes a ver al Niño? Debes estar cansada, porque el camino es largo, siéntate aquí y quítate los zapatos porque están mojados.

Después llegó la Virgen. En una mano traía un pedazo de pan con un trozo de queso de cabra y en la otra, un jarrito de aguamiel

—Debes tener hambre porque te fuiste a la cama sin comer y debes tener sed porque estás caminado desde cuando eras más chiquita.

—Gracias María ¡Qué buena eres! y qué suerte tiene tu Hijo al tener una mamá como tú y no una tía como yo. Se acercó al pesebre y vio a Jesús.

—No hagas ruido, porque está dormido. —Susurró María.

Pero Jesús abrió los ojos y le tendió los brazos. Marcela se quedó pensativa y le preguntó:

—Pero, ¿no te habías quedado en el cuarto de Isadora? Jesús se metió el dedo en la boca y le sonrió.

—María, ¿me dejas cogerle un ratito?

Ella dijo que sí. Marcela le acunó en sus brazos y le cantó villancicos. Llegaron otros pastores y también empezaron a cantar, mientras los ángeles, parados en el techo del pesebre, tocaban sus flautas de carrizo. La caravana de los Reyes Magos se había detenido a descansar en el filo de la alfombra, y la tía Isadora caminaba a lo lejos con dos chocolatitos de regalo...

Marcela se despertó y supo que había tenido un lindo sueño...

Pero no. No era ningún sueño porque el niño Jesús de la tía Isadora estaba a su lado, y ella tenía en la boca el sabor del queso de cabra y de la aguamiel y ¡había migas de pan sobre la almohada!